

Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

					B	R
	6	0	2	8	4	0
8	1	2	3	1	1	
6	9	7	0	1	1	
2	7	3	6	1	2	
8	6	3	5	0	1	
2	9	5	6	0	2	
4	0	2	5	1	0	

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?

Página 2/3

Verano/12



(Por Claudio D. Minghetti) El proyecto estaba aprobado. "Manos a la obra", dijo. Word Star. "Sencillo pero el de siempre" Pablo siempre fue fiel a su primer amor "pirata". Esta vez era algo grande, una novela que le ocuparía buena parte del disco rígido en el ordenador. Esa misma tarde de enero, el médico había sido claro con pocas palabras, las suficientes. "Está jugado...", sentenció, después de leer el colesterol en sangre. La mano venía brava y, sin embargo, Pablo tiró el diagnóstico y las recetas a la basura. Los cuarenta no habían pasado así como así. Tres divorcios y mucho mambo. Noches eternas de máquina de escribir, redacción a la hora de cierre, litros de café y moscato en bares de estación. El proyecto estaba aprobado. "Manos a la obra", dijo. "El Word Star, sencillo." Tecléo C > A: WS NOTITU-LO, el "ábrete sésamo" de programa y archivo. Dio ENTER y empezó la faena. Noche 1: primer capítulo y borrador de dos. Apurado saca cinco cajas llenas de libros a la calle, antes de que pase el camión de Manliba. Noche 2: cuatro de sentada. Llegó la hora de desalojar la biblioteca grande, con el archivo. Mucho trabajo para los basureros. A la mierda con todo. Noche 3: la cosa viene de diez y se manda otros dos. Van siete y darle al jamón crudo con mayonesa. "Por el golpe de calor", se miente. Noche 4: se trata de trabajo físico. A la calle con la mesa del living y las cinco sillas, con los afiches de películas y los discos. De paso también el equipo. Noche 5: "Voy por la mitad y el personaje ya sospecha el final", piensa. La decaden-

cia vertiginosa, que le dicen. Dos, uno muy corto (es un recuerdo feliz). Afuera con el dormitorio y la pilcha. "Total es verano", se miente. Noche 6: El régimen sigue a fuerza de conservas y jamón crudo. Afuera con la heladera y los platos Durax. Cuchillo, tenedor y abrelatas, no más. Siente dolor en el brazo izquierdo. "La falta de gimnasia", se miente. Noche 7: Un buen final y las hurras. Con más de 400.000 bytes en el disco, la cosa pinta de doscientas páginas. "Best-seller, siempre y cuando tengan cuidado con la tapa", se miente. Le da duro y parejo. Escribe el último y graba. Sólo quedan las cosas del baño, la tervé y algún cachivache. A la calle con todo. Sólo pan viejo, chizitos y medio jamón que corta en lonjas de un centímetro de espesor. Ahora a la calle con la impresora. Transcribió el rígido a disquetes. Los numeró y ensobró con prolijidad. Uno por uno. Se miró a los ojos; en el espejo esmerilado de la pantalla, y pensó como Kafka: "A partir de cierto momento no hay retorno posible. Ese es el punto al que hay que llegar". Abrió un paréntesis y dijo: "Adiós" a su imagen difusa en el ámbar del menú. "No volveremos a vernos." Borró el rígido y salió del sistema. Desenchufó y arrastró el equipo hasta la calle. Volvió al living vacío. Escribió "Decálogo" en la caja con los disquetes. Pero no está convencido y lo tacha. La segunda vez escribió DELETE, el nombre de la función que borra de adelante hacia atrás. Dejó la caja y se puso a comer lo que quedaba del crudo. No le importa nada más. No quiere mirar atrás, ni puede. "Delete...", murmuró y se echó a dormir.

ME
SIENTO
BIEN!

Antes, durante y después del verano.



Hepatalgina®

VERDINO SA

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía. En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la

que trabajó como cameraman y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

Carola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápidamente en el camarín.

—Tu amigo se fue al cine y vuelve dentro de una hora —me dijo.

“Mi amigo” es tu marido, le digo. Me revientan las mujeres que dicen “tu amigo” a su marido.

—Típico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público —comentó Clarita mirándola a través del espejo.

—Yo no sé por qué no se separan.

—A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

—Las mujeres nos damos cuenta de todo.

Carola se echó hacia atrás en la silla y estiró el brazo hasta alcanzar el vestido que estaba colgado en la puerta de un pequeño ropero, a sus espaldas.

—¡Putá!, es el segundo par de medias que rompo en una semana.

—Deberías pasarle la cuenta al productor. ¡Estas sillas deben ser las que su mujer le tira por la cabeza!

—Lo peor es que ahora se me ve la pierna blanca.

—Sacate las medias.

—¡Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odio tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo tiempo ni para sentarme en la plaza.

—¿Querés que tomemos otra cerveza?

¡Hace tanto calor!

—Bueno, después de todo el alcohol te hace conformar con menos.

—...Ayer vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo leyó por primera vez, se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayemos.

—Miguel siempre con esas cosas, no para nunca.

—Pero lo peor es que era bueno y me enganchó hasta las cinco de la mañana.

—¡Y después va hasta su casa que es tan lejos!...

—Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé cómo su mujer lo soporta, debe ser un ángel...

Clarita dio un repentino salto atrás y con el taco de su zapato aplastó una cucaracha que pasó por debajo de la mesa.

—¿Cómo la viste? Si estabas tan concen-

trada en el espejo.

—Es que las cucarachas me repugnan. Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el hotel. No podía dormir pensando en que pudieran treparse a la cama... me obsesionan.

—¿Sabés qué me contó un tipo el otro día?

Clarita miró expectante a través del espejo.

—Estábamos hablando de... ¡no me acuerdo! y de golpe me dice: “Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodoro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho”. Me quedé helada.

—Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que él está conmigo?

—No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, ¿te darías cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su dedo índice sobre el párpado superior y lo levantó hasta que el ojo le quedó inmensamente grande. Tomó un pañuelo de papel y apoyó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña partícula de rimmel se adhirió en él.

—¡Es que me da tanto!

—Carola... —la miró durante un instante sin hablar.

—¿Sí? —preguntó Carola.

—Creo que sos vos la que da y no él a vos, como decís. Deberías hacérsela más difícil, en lugar de atenderlo como a un príncipe y llevarle el café en el pocillo de los cumpleaños. No te va a beneficiar en nada mostrarle tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar sola.

Carola se levantó y sacó de la pequeña heladera que estaba en un rincón otra botella de cerveza.

—Gracias, no quiero más —dijo Clarita.

—Apenas un poco, este horno no se puede soportar —Y sin esperar la respuesta volcó el líquido en el vaso de Clarita.

—Es bueno echarle un poco de ginebra. Te hincha menos la panza.

—Podrían al menos poner un ventilador. Aquí cada vez se trabaja peor.

Carola se levantó y fue hasta la piletta. Sobre un costado había dos cepillos para dientes. Tomó uno de ellos, le colocó pasta encima y se los cepilló hasta formar una compacta espuma blanca.



Clarita acercó su cara al espejo.

—Tengo la cara terrible —dijo. Y juntó la punta de los dedos índice de cada mano sobre un puntito negro, entre ceja y ceja, pero desvió la mirada hacia un costado.

—¡Mirá cómo tengo las uñas! Te hice caso y me quedaron horribles.

Carola, que estaba reclinada sobre la piletta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el espejo con la boca llena de espuma.

—Estaba pensando... —se dio vuelta para escupir la pasta sobre la piletta—, estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo —ahuecó la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

—Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estoy con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte te diré: Déjame de quererte, y si alguna vez aparece otra persona no voy a mentirle, voy a decirte: Hay otro hombre, y vas a comprenderme.

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entrecerró los ojos.

—...Suena como una película de Truffaut —dijo.

—Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente podría haberlo dicho yo.

—Sería fantástico si no corrieras el riesgo de recibir un sopapo.

—¡Aaaahhh! ¡Si hubiera directores que le hayan dicho esos textos!

—Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si hubiese actrices que pudieran decirlos así!

—¡Tengo hambre!

—La cerveza me llena el estómago, si como algo ahora creo que vomitaría en el escenario —Carola rió—. ¡Te imaginás! Entrar para la escena, mirar a los ojos de Eduardo y, cuando la gente está esperando que digas algo, ¡paff! lanzás un vómito.

—Sería un acto verdaderamente orgánico.

—Los críticos dirían: Ese actor entrega todo su interior.

—Clarita... ¿Y si me está mintiendo? ¿Por qué nos aferramos a la idea de que alguien que le miente a otra persona nos dice la verdad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le es diciéndole la verdad a su esposa?

—A ver... cómo sería... El dice a su esposa: me acuerdo con otra mujer mientras esperamos que llegue tu parto. No... no suena.

—¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si me miente, si me dice que me quiere y no me quiere. A mí no me preocupa que duerma con la esposa. Yo no quiero ser la esposa. Yo prefiero ser la otra, porque los hombres están más contentos con la otra. El día que te convertís en la esposa, van corriendo a pasarlo bien con la otra.

La puerta del camarín se abre, apenas por un momento, se asoma.

—¡Dos minutos! —dice, y vuelve a cerrar la puerta.

—Carola, terminá de vestirme —dice Clarita.

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía. En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la

que trabajó como camarero y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

Carola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápidamente en el camarín.

—Tu amigo se fue al cine y vuelve dentro de una hora —me dijo.

—Mi amigo es tu marido, le digo. Me reventan las mujeres que dicen "tu amigo" a su marido.

—Típico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público —comentó Clarita mirándola a través del espejo.

—Yo no sé por qué no se separan.

—A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

—Las mujeres nos damos cuenta de todo. Carola se echó hacia atrás en la silla y estiró el brazo hasta alcanzar el vestido que estaba colgado en la puerta de un pequeño ropero, a sus espaldas.

—¡Putá!, es el segundo par de medias que rompo en una semana.

—Deberías pasarle la cuenta al productor. ¿Estas sillitas deben ser las que su mujer le tira por la cabeza?

—Lo peor es que ahora se me va la pierna blanca.

—Sacate las medias.

—Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odo tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo tiempo ni para sentarme en la plaza.

—¿Querés que tomemos otra cerveza?

—¡Hace tanto calor!

—Bueno, después de todo el alcohol te hace conformar con lo que tenes.

—Ayer vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo leyó por primera vez, se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayases.

—Miguel siempre con esas cosas, no para nunca.

—Pero lo peor es que era bueno y me encantaba hasta las cinco de la mañana.

—¡Y después va hasta su casa que es tan lejos!...

—Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé cómo su mujer lo soporta, debe ser un ángel.

Clarita dio un repentino salto atrás y con el taco de su zapato aplastó una cucaracha que pasó por debajo de la mesa.

—¿Cómo la viste? Si estabas tan concen-

trada en el espejo.

—Es que las cucarachas me repugnan. Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el hotel. No podía dormir pensando en que pudieran treparse a la cama... me obsesionan.

—Sabés qué me contó un tipo el otro día? Clarita miró expectante a través del espejo.

—Estábamos hablando de... ¡no me acuerdo! de golpe me dice: "Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodoro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho". Me quedé helada.

—Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que él está conmigo?

—No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, ¿te darías cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su dedo índice sobre el párpado superior y lo levantó hasta que el ojo le quedó inmensamente grande. Tomó un pañuelo de papel y apoyó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña partícula de rimmel se adhirió en él.

—¿Es que me da tanto!

—Carola... —la miró durante un instante sin hablar.

—¿Preguntó Carola.

—Creo que vos lo que da y no él a vos, como decís. Deberías hacérsela más difícil, en lugar de atenderlo como a un príncipe y llevarle el café en el pocillo de los cumpleaños.

No te va a beneficiar en nada mostrarle tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar sola.

Carola se levantó y sacó de la pequeña heladera que estaba en un rincón otra botella de cerveza.

—Gracias, no quiero más —dijo Clarita.

—Apenas un poco, este hombre no se puede soportar. —Y sin esperar la respuesta volvió el líquido en el vaso de Clarita.

—Es bueno echarle un poco de ginebra. Te hincha menos la panza.

Clarita acercó su cara al espejo.

—Tengo la cara terrible —dijo. Y juntó la punta de los dedos índice de cada mano sobre un puntito negro, entre ceja y ceja, pero no devió la mirada hacia un costado.

—¿Cómo tengo las uñas! Te hice caso y me quedaron horribles.

Carola, que estaba recostada sobre la piletta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el espejo con la boca llena de espuma.

—¿Estaba pensando... —se dio vuelta para escurrir la pasta sobre la piletta... estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo.

—Ahué la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

—Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estoy con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte le diré: Dejé de quererte, y si alguna vez aparece otra persona no voy a mentirle, voy a decirle: Hoy otro hombre, y vas a comprenderme.

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entró cerró los ojos.

—¿Suenan como una película de Truffaut —dijo.

—Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente podría haberlo dicho yo.

—Sería fantástico si no corriera el riesgo de recibir un sopapo.

—¡Aaaahh! ¡Si hubiera directores que le hagan decir esos textos!

—Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si hubiese actrices que pudieran decirlos así!...

—¡Tengo hambre!

—La cerveza me llena el estómago, si como algo ahora creo que vomitaré en el escenario —Carola ríe. Te imaginas! Entrar para la escena, mirar a los ojos de Eduardo y, cuando la gente está esperando que digas algo, ¡paff! lanzas un vómito.

—¿Será un acto verdaderamente cómico. Los críticos dirían: Ese actor entrega todo su interior.

—Clarita, ¿y si me está mintiendo? ¿Por qué nos aferramos a la idea de que alguien que me miente a otra persona nos dice la verdad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le está diciendo la verdad a su esposa?

—A ver... cómo sería... El dice a su esposa: me acuerdo con otra mujer mientras esperamos que llegue tu parto. No... no me suena.

—¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si me miente, si me dice que me quiere y no me quiere. A mí no me preocupa que duerma con la esposa. Yo no quiero ser la esposa.

Yo prefiero ser la otra, porque los hombres están más contentos con la otra. El día en que te convertís en la esposa, van corriendo a pasarlo bien con la otra.

La puerta del camarín se abre, apenas para que una cabeza se asome.

—¿Dos minutos! —dice, y vuelve a cerrar la puerta.

—Clarita, terminó de vestirse —dice Clarita.



¿POR QUÉ SANGRA EL CUERPO?

Volvíamos del centro, y las manos se me pegaban al volante del auto.

—¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.

Sería fantástico —respondió Ela—. Ya era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápidamente por el vestuario y llegué hasta el natorio. Al rato, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvérselo el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvérselo el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvérselo el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvérselo el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvérselo el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacerle razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviera a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuantas hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaron mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento. Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolví su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Yo me quedé con un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto de baño quedaba impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby!". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la ropa que me había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después saltó a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpita para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levanté imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. No sentíamos ningún ruido. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del bolso. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Fuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

to del farolito que colgaba sobre la puerta se difuminaba a través de los vidrios y realzaba el color rojo del cabello de Ela.

Sin que nos diésemos cuenta, El Dorado se llenó de personas que ocuparon las mesas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sentada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mirarme desde donde estaba y murmuró: "Estoy menturando".

Desde atrás me oí el ruido de los zapatos que se deslizaban sobre el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus propias vidas.

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaseltor. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse frente a mí. Arrojó las llaves de la habitación sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su madre y se hizo la nena durante un rato. Después me miró y subió las escaleras corriendo. Cuando regresé al cuarto se quejaba de un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió profundamente. Otra vez anochecía y en esta última hora ya había fumado como un perro.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogramas vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie más que a ella.

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?



VINUELA.

Volvíamos del centro, y las manos se me pegaban al volante del auto.
—¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.
—Sería fantástico —respondió Ela—. Ya era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápidamente por el vestuario y llegué hasta el natatorio. Al rato, Ela atravesó la puerta vestida con un bikini pequeñísimo y un gorro de goma de esos que son obligatorios en los natatorios municipales. No había casi nadie, así que pudimos nadar tranquilamente. El agua estaba fría y eso me cambió el humor. En el camino de regreso compramos comida en una rotisería y organizamos una cena en la terraza de la casa de Ela.

Después, nos sentamos en unas reposerías y miramos el cielo hasta ver estrellas fugaces. Estuvimos conversando mucho tiempo hasta que llegó la hora en la que, si uno mira la ciudad desde un piso alto, cree escuchar el sonido de la respiración de los que duermen. Entonces puede apoderarse de nosotros el sentimiento que tiene un padre cuando, de noche, se pasea por la casa oscurecida constataando que está todo en orden. Cuando amanecía, la balaustrada blanca de la terraza se iluminó recortándose contra el cielo que aún permanecía oscuro. Tuve una repentina sensación de vértigo. Fue como el estallido de un rincón encapsulado de la memoria. Entonces me envolvió el olor del mar. Pude ver un farallón blanco tocado con la misma luz que resaltaba el muro de la terraza en donde yo estaba. Más abajo, sobre la ladera que descendía hacia el mar, un auto convertible avanzaba por el camino. El ruido de las gomas aprisionando el ripio se fundía con el de las olas. Sus faros se apagaron antes de iluminar la casa. Un hombre descendió y cruzó la oscuridad de los cancheros. Después saltó por sobre el parapeto blanco que lo separaba de la mujer...

Algunos días más tarde, decidimos viajar hacia el mar. Durante el trayecto, Ela estuvo bastante nerviosa porque le da miedo viajar en ómnibus.

Llegamos hacia el mediodía y cruzamos todo el pueblo arrastrando las valijas a pleno sol. Buscábamos un hotel barato. Encontramos uno que quedaba sobre la playa. Nos entusiasmo que fuese una construcción de madera. Tenía dos pisos y parecía una casa de Nueva Orleans. Nos recibió un tipo flaco y alto, bastante bien vestido con una camisa blanca y un pantalón de alpaca azul y, nos ofreció una habitación en el altílo.

El cuarto tenía una ventana por la que se accedía al balcón que, estaba casi encima de las carpas de la playa. El cuarto de baño estaba totalmente destruido y no tenía agua caliente. Bajé hasta la conserjería. El tipo que nos había atendido desapareció detrás de unas cortinas color sangre. Por un pasillo lateral asomó una mucama cargando una pila de toallas blancas.

—No hay agua caliente —le dije.
—Están arreglando el tanque, deberá tener paciencia hasta mañana —me contestó.

Volví a la habitación. Ela estaba tirada de espaldas sobre la cama. Por la ventana podía verse el cielo. No había una sola nube. Parecía un fondo pintado como un decorado de cine. Ela me pidió que abriese la ventana porque quería escuchar el ruido del mar y dormir un rato antes de bajar a la playa. Apenas la entreabrí, entró una abeja que dio un giro por el cuarto y golpeó contra las paredes.

Ela comenzó a gritar y a pedirme que la espantara. Sentía verdadero terror por las abejas. Agarré una camisa y la agité provocando remolinos de aire. La abeja chocó contra el vidrio, antes de salir por el espacio que quedaba entre las dos hojas de la ventana. Entonces Ela se incorporó y quedó sentada

sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvernos el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacer razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviese a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuadras hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaban mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento, Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolvió su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Tomé todavía un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto había quedado impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la arena que había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después salí a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpa para protegerse del viento mientras miraba al mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levantó imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. Nos sentamos junto a una ventana. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del atado. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Afuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento

del farolito que colgaba sobre la puerta se difuminaba a través de los vidrios y realzaba el color rojo del cabello de Ela.

Sin que nos diésemos cuenta, El Dorado se llenó de personas que ocuparon las mesas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sentada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mirarme desde donde estaba y murmuró: "Estoy menstruando".

Desde atrás nuestro se escuchó el ruido de algunas copas que rodaban por el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus propias vidas.

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaselser. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse frente a mí. Arrojó las llaves de la habitación sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su madre y se hizo la nena durante un rato. Después me miró y subió las escaleras corriendo. Cuando regresé al cuarto se quejaba de un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió profundamente. Otra vez anochecía y en esta última hora yo había fumado como un perro.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogames vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie mastinando. Me metí en un lugar que estaba medio vacío y pedí una hamburguesa. El local estaba tapizado con azelejos de vidrio verde y el suelo parecía revestido de una pasta negra.

Por todas partes había servilletas de papel con manchas de aceite.

El mozo no parecía muy preocupado por atenderme, y se dedicó a sacar a la vereda unos cuantos tachos llenos de basura que destilaban un tufo ácido y repulsivo.

Al regresar al cuarto del hotel escuché como Ela se quejaba mientras dormía. Me senté a su lado y puse la palma de mi mano sobre su mejilla pero sentí que la rechazaba. Salí al balcón y me senté en el piso. Estaba frío. Me adormecí escuchando el ruido del mar. Sonaba como un inmenso lavarropas en cuyo interior el océano iba y venía golpeando contra una costa y la otra. Ela se despertó en medio de una pesadilla.

Me llamó y me pidió que me sentara a su lado. Me hizo una seña con la mano como si quisiera decirme un secreto. Me recliné sobre ella.

—¿Por qué sale sangre del cuerpo? —preguntó.

De a poco su respiración se tranquilizó hasta dormirse nuevamente.

Yo me sentía agotado y me acosté boca abajo sobre la cama.

No sé cuántas horas o minutos dormí hasta que la alarma del despertador me sorprendió de tal manera que de un salto quedé repentinamente sentado sobre la cama. Ela se incorporó y rió a carcajadas. Tenía esas cosas. Después me hizo masajes sobre la espalda. La ventana del cuarto estaba abierta y las olas parecían chocar contra el edificio. Durante un tiempo largo escuché ese ruido hasta que, delante de mis ojos, apareció un farallón blanco recortándose contra un cielo azul intenso. Sobre la ladera de la montaña un auto avanzaba con los faros encendidos. Después, un hombre trepó por sobre la baranda blanca que lo separaba de la mujer.

—Tengo miedo.

—Vamos, ¿qué te pasa?

—No sé, de repente tengo miedo, estoy cansada de hacer todas las noches lo mismo, no le encuentro sentido a lo que digo, hablo como si fuera un loro, no entiendo las palabras. Parece como si tuviera que hablar por la boca de un loco que se sienta frente a un papel y yo convierto toda esa mierda en mi vida, todas las noches. ¿No es una locura?... ¿No es divertido?

—No te despiertes la cara, no, ¡nena!

—Clarita le corrige el rimmel.

—Así está mejor.

—Olvíde qué es lo que tengo que decir al entrar, estoy terrible... Me parece que voy a vomitar.

—No nena, tranquila. Repetí conmigo: me gustan los hombres de papel, pero prefiero que dejen su mochila afuera, en lugar de descargar sus gritos en la casa. Eso es lo que tienes que decir cuando entrás. Te aproximás a Eduardo como para besarlo, mejor dicho: él cree que te acercás para besarlo. Te detenes, lo mirás a los ojos y, sin desviar la mirada, le decís todo eso.

—Me gustan los hombres de papel...

—Carola tuvo un pequeño acceso de risa. Clarita la tomó de la mano, abrió la puerta del camarín y salieron atravesando el pasadizo que desembocaba en el escenario.

—Así nena, así vamos —le dijo cariñosamente. Se agachó para comprobar que no se le viera la media corrida y le dijo: Estamos en el teatro.

Todos los jueves
— en su kiosco